

“VENID Y VERÉIS”

Ser seleccionado para un trabajo, salir escogido en un *casting*, ser llamado para formar parte de una selección deportiva,... produce una enorme satisfacción, es motivo de orgullo. Hay otras muchas llamadas en nuestra vida diaria que también nos alegran. Y hay también llamadas -las mejores- que proceden de Dios; éstas son siempre gratuitas y llevan consigo una misión, una tarea.

En la noche cesa el ruido de la vida y descansa el cuerpo; la noche es tiempo de escucha y respuesta; la noche es tiempo de revelación y de salvación. **Samuel**, dormido, escucha la suave voz de Dios que le llama aunque él no le reconoce. Dios nunca duerme y despierta a los dormidos. En cambio **Andrés y Juan** son llamados por mediación del Bautista... y en pleno día: “*Este es el Cordero de Dios*”. La invitación al seguimiento comienza siempre con un encuentro transformador. Los discípulos de Juan, como todos nosotros, se interesan por lo menos importante -¿dónde vives?, ¿qué haremos ahora?, ¿a dónde vamos?-, pero Jesús les va a invitar a la sorpresa del descubrimiento progresivo: “*Venid y veréis... experimentad vosotros mismos quién soy, quienes sois, a qué estáis llamados, descubrid vuestra riqueza... deaos sorprender*”. Se quedaron con Él y así comenzó la comunidad de los discípulos de Jesús. “*Eran las cuatro de la tarde*”. Tanto le marcó ese encuentro a **Juan** que cuando lo narra no puede hacerlo sin indicar la hora; nunca la olvidaría. ¡También nosotros somos capaces de recordar algún acontecimiento clave de nuestra vida, alguna vivencia, con todo lujo de detalles!

El Señor Jesucristo sale a nuestro encuentro, nos busca, para dar plenitud de sentido a nuestra vida, para hacernos felices. **Dios tiene siempre la iniciativa**, y llama en el silencio de la noche o en la vorágine del quehacer cotidiano. No importa ni el lugar ni la hora; lo importante es estar atentos a la voz de Dios y responderle dócilmente como el salmista: “*Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad*”.

El proceso a que somos invitados **es sencillo: llamada, encuentro, experiencia, seguimiento, configuración, respuesta vital y testimonio**. No depende de nosotros; ni lo iniciamos nosotros, ni lo conducimos, ni lo culminamos, pero sí que lo podemos abortar en pleno desarrollo, porque día a día soy libre de aceptar la acción gratuita de Dios en mi vida. Quien se ha encontrado con Jesucristo es un testigo que da credibilidad al mensaje que vive y anuncia. Siempre, pero especialmente hoy en la sociedad en que vivimos -triste, violenta, individualista, desesperanzada-, es urgente ser testigos creíbles de Jesucristo, coherentes con el anuncio salvífico recibido y experimentado, y alegres y decididos portadores de Vida -en mayúsculas-, que ofrecemos a los contemporáneos. Si mi vida se parece a la suya, y vivo alegre, ése será el mejor testimonio.

Porque ser cristiano no es una ley que ahoga y coarta, es un gozo que nos inunda y nos desborda, y que da sentido y plenitud a nuestras ansias de felicidad y paz. Y de él se benefician los que nos encuentran.

Luis Emilio Pascual Molina
Capellán de la UCAM